ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

EL SIGLO QUE VIENE

ZARZUELA CÓMICO-FANTÁSTICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

LETRA DE LOS SEÑORES

RAMOS CARRIÓN Y COELLO

MÚSICA DEL

MAESTRO CABALLERO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

7

EL SIGLO QUE VIENE

EL SIGLO QUE VIENE

ZARZUELA CÓMICO-FANTÁSTICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

LETRA DE LOS SEÑORES

RAMOS CARRION Y COELLO

MÚSICA DEL

MAESTRO CABALLERO

Representada por primera vez en el TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO
el 3 de Julio de 1876

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

Al Sr. D. Francisco Arderius

dedican esta obrilla, en prenda de cariño invariable, sus buenos amigos

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA MELITONA................	SRA.	RIVAS.
INOCENCIA........................		LÓPEZ.
DON HILARIO....................	SR.	SUÁREZ.
ANGEL..............................		OREJÓN.
EL DOCTOR FARÁNDULA.......		ROSELL.
DON PEPITO......................		
JUANITO...........................		
JUANITA...........................		ROCHEL.
EL ALCALDE......................		PÉREZ.
SEÑORA 1.ª........................	SRA.	SAMPELA.
CABALLERO 1.º..................	SR.	RODRÍGUEZ.
IDEM 2.º............................		GARCÍA.
SIETEMESINO 1.º.............. ...		JIMÉNEZ.

Gente del pueblo, caballeros y señoras del siglo XIX, las cuatro estaciones, los años, los dos siglos, caballeros y señoras del siglo XX, figurines, un cochero, dos mozos de cuerda, músicos, un mozo de café, muñecos, sietemesinos, alabarderos, etc., etc., etc., coro general y acompañamiento

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Escena dividida.—Dos guardillas, de las cuales se ven los tejados. Por cima de estos, los de otras casas y panorama lejano de Madrid iluminado por la luna. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

INOCENCIA, cosiendo á la derecha, y á la izquierda DOÑA MELITONA, haciendo calceta

Música

(Se oye irse aproximando gente del pueblo, que se supone pasa por la calle cantando coplas de Navidad, con acompañamiento de tambores, panderetas, etc.)

UNA VOZ

Esta noche es Noche-Buena
y mañana Navidad,
dame la bota María
que me quiero emborrachar.

CORO

Dale que te pego,
dale que le das,
dale á la zambomba,
no hay que descansar.

INO.

Las dulces coplas
que el pueblo canta
mi pecho llenan
de bienestar.

Ya que una sufra,
goce á lo menos
con la alegría
de los demás.

MEL. ¡Bien se podían
ir al infierno
con ese ruido
de Satanás!
Cuando una rabia,
se desespera
con la alegría
de los demás.

CORO Tengo de echar una copla
por encima de una vieja
para que la lleve el diablo
y le queme las orejas.

Hablado

MEL. ¡Qué chiste tan fino y tan delicado! El populacho me revienta.

INO. ¡Pobres gentes! ¡Qué alegres van! ¡Dichosos ellos!

MEL. ¿A qué hora se descolgará por aquí el bestia de mi marido?

INO. ¡Cuánto tarda mi maridito! ¿Si le habrá pasado algo?

MEL. ¿Para qué me casaría yo? Si una lo pensara bien, no haría nunca ciertas barbaridades.

INO. ¡Sólo su compañía puede hacerme agradable la vida que llevo! ¡Bendita sea la hora en que me casé!

MEL. ¡Bonita Noche-Buena! Sin tener qué cenar, y teniendo que ver la cara de ese hombre, que se ha puesto tan feo... porque, ¡cuidado si se ha puesto feo!... Aaaaah. ¡Qué fastidio! (Bosteza.) ¡Y qué sueño tengo! ¡Y sin venir mi marido! Voy á descabezarlo. (Se queda dormida.)

ESCENA II

DICHAS y ANGEL, que entra en la guardilla de la derecha

INO. Siento pasos. ¿Será Angel? Sí, él es. (Va hacia la puerta y abre.)

ANG. ¡Inocencia mía!

INO. ¿Cómo has tardado tanto?

ANG. Me he entretenido esperando que saliera *La Correspondencia*, y todavía no la venden por ahí. En ella vendrá nuestra felicidad. No te quepa duda. Ha sido corazonada.

INO. ¡Sí, sí, fíate de las corazonadas!

ANG. ¡Vaya si me fío! El corazón me dijo que tú habías de hacerme feliz, y ya ves si ha resultado cierto.

INO. ¡Adulador!

ANG. Felíz, completamente felíz. Verdad es que no nos sobra nada, que nos falta todo, hasta que comer muchas veces; pero en cambio tengo tu amor... tu amor y el arte. El arte que es mi vida; la música que es mi... mi... mi... re... mi... re... ¡mi regocijo!

INO. ¡Tú acabarás por volverte loco!

ANG. Loco... Pues mira, es una idea que no deja de... Porque muchos grandes hombres se han vuelto locos... Pero yo no me volveré, descuida... ¡como no me vuelva loco de amor por tí! (La hace una caricia.)

INO. No seas zalamero. No parece sino que nos hemos casado ayer. Considera que ya hemos pasado de la luna de miel.

ANG. ¿Que hemos pasado? ¿Quién ha dicho que hemos pasado? Estamos en ella; en el cuarto creciente.

INO. No, hijo mío; en el cuarto piso.

ANG. Bien. Pues de aquí, al cielo. ¿Cuándo saldrá *La Correspondencia*?

INO. ¡Valiente calaverada has hecho! ¡Gastar en un décimo de lotería los únicos diez duros que teníamos!

ANG. Que hemos tenido y que tendremos, si no nos toca el premio gordo, que nos tocará.

INO. ¡Sí, el gordo! El gordo será el desengaño que vas á llevarte. Tú siempre has vivido de ilusiones. En eso, tenía razón tu familia.

ANG. Mi... fá... Mi... fá... Mi... fá... mi... Mi... fá... mi... lá... ¡Oh, qué melodía se me ha ocurrido tan admirable! Voy á escribirla inmediatamente. ¡No me interrumpas! (Se pone á escribir; Inocencia mira por encima de su hombro.) ¡Mi... fá... mi... Mi... fá... mi... lá!

MEL. (Soñando.) ¡Calla, calla, que te aborrezco, monstruo! ¡Mira que te araño, que te araño, que te araño!

ANG. ¡Deliciosa, deliciosa! ¡Esta melodía hará época! No lo dudes, hará época.

MEL. Que te muerdo. ¡Aaaám!

ANG. Porque hay que sacar á la música del estado de postración en que se encuentra. Wagner ha hecho algo. Yo haré lo que falta. A él no le comprenden... A mí tampoco. Estamos iguales. Yo soy el Wagner de España y él es el Semifusa de Alemania. ¡Delicioso! ¡Delicioso! Mi... fá... mi... fá... Voy á solfeártelo. (Música.) ¡Verás el efecto! ¡Verás el efecto! Ahora voy á probarlo en el cornetín. (Toca.)

MEL. ¡Ladrones! ¡Socorro! (Despertando.) ¡Jesús qué susto me ha dado el demonio del vecino! ¡Maldito sea él y su instrumento! Todo el día y toda la noche así. ¡Esto es inaguantable! ¡Vecino! ¡Vecino! (Dando golpes en la pared y á gritos.)

ANG. ¡Eh! ¿Qué es eso?

MEL. ¿Quiere usted callarse?

ANG. No señora. (Con naturalidad y volviendo á tocar.)

MEL. ¡Vamos! ¡Ese instrumento me ataca á los nervios! ¡Y no poder una ni siquiera mudarse de casa para huir de esta música! ¡Maldita sea mi suerte! (Coge la almohada, la tira, y al mismo tiempo entra Don Hilario, á quien da en la cabeza, tirandole el sombrero.)

ESCENA III

DICHOS y DON HILARIO

HIL. Bien, ¿y tú? (Este es el saludo que me hace siempre).

ANG. Esta melodía necesita desarrollo. Voy á escribir unas variaciones sobre el mismo tema. ¡Ya verás! Esto ha de hacer mucho ruido. (Vuelven á colocarse como ántes; él escribe y ella mira.)

MEL. Y ¿de dónde viene usted á estas horas? ¿De dónde viene usted?

HIL. (Vamos, parece que hoy está de mejor temple que ayer).

MEL. ¿No me oye usté?

HIL. Sí, pichoncita. Vengo de ver al ministro.

MEL. ¿Y qué te ha dicho ese tío?

HIL. No le llames así; es una persona muy decente, muy atenta y muy apreciable.

MEL. No decías eso esta mañana.

HIL. Porque esta mañana aún no había prometido colocarme.

MEL. ¿Y ahora te lo ha prometido?

HIL. Me lo ha asegurado, diciéndome que me tiene reservada una plaza.

MEL. Probablemente será la de Afligidos.

HIL. No lo eches á broma; es un destino en el hospital.

MEL. Sí, ese será nuestro destino.

HIL. ¡Hombre! ¡Qué afán de quitarle á uno las ilusiones! Te digo y te repito que mañana quedará hecho el arreglo.

MEL. ¿Qué arreglo?

HIL. El que hace el ministro para que entre yo.

MEL. ¿Sólo para eso?

HIL. Sólo. ¿Te parece poco motivo? Yo no encuentro ninguno más natural.

MEL. ¿Y qué conseguiremos conque te empleen? Pan para hoy y hambre para mañana.

HIL. ¿Por qué razón?

MEL. Porque esta gente no dura quince días. Ayer lo estaba diciendo el zapatero del portal.

HIL. Por poco que dure esta gente, durará más que nosotros al paso que vamos. Y, además, la situación es sólida. Este ministerio no puede caer.

UN CHICO (Dentro.) *La Correspondencia* con la lista grande y el nuevo ministerio.

ANG. ¡La lista grande! (Don Hilario queda anonadado.)

INO. Quieto, yo iré por ella. (Sale.)

HIL. ¡El nuevo ministerio! Yo debo haber oído mal.

MEL. ¡No! El nuevo ministerio ha dicho.

CHICO ¡*La Correspondencia* con la lista grande y el nuevo ministerio!

MEL. ¿Lo oyes? Ya no dudarás.

HIL. No, ¡ya no dudo! ¿Quién habrá entrado, Dios mío? ¡No tengo fuerzas ni para bajar por ella!

MEL. Tú no tienes fuerzas para nada, tú no sirves para nada, tú eres un hombre inútil para todo. Yo bajaré. (Sale.)

ESCENA IV

ANGEL soltando la pluma y DON HILARIO dejándose caer en una silla

ANG. ¿Nos habrá tocado? ¡Dios mío!... ¡siquiera el segundo premio! No quiero el gordo, desprecio el gordo, me paso sin el gordo.

HIL. No, no debe ser cierto. Los periódicos mienten mucho, y el ministro no tenía cara de morir tan pronto.

ANG. ¡Las cosas que haría yo si me tocára la lotería! En primer lugar tomaba el Teatro Real, y una tras otra, ponía en escena mis quince óperas. ¿No hace veintiun años que se están haciendo allí las óperas de todo el mundo menos las mías? Pues ahora se harían las mías y no se harían las de los demás.

HIL. ¿Qué gente entrará? ¿Serán hombres de mis convicciones? Pero ¡qué convicciones ni que ocho cuartos! La única convicción que yo tengo es la de que, si no me emplean pronto, me muero de hambre.

ESCENA V

DICHOS é INOCENCIA en la guardilla de la derecha

ANG. ¿La traes? ¿La has visto?
INO. (Sonriendo.) Sí, ya la he visto.
ANG. ¿Y qué? ¿Qué hay? ¿Cuál es? ¿El gordo?... (Temblando.)
INO. Cálmate, hombre, cálmate.
ANG. No, no me lo ocultes. ¿Recuerdas bien el número? ¿Le has visto bien?
INO. Sí, el cuatro mil setecientos setenta y uno.
ANG. ¡Justo! ¡Ese es! Trae la lista. ¡Quiero verlo!
INO. No, cálmate.
ANG. No temas que me mate la alegría. Soy fuerte. Díme... ¿cuál nos ha tocado?
INO. Ninguno; ni siquiera el reintegro.
ANG. Eso es una broma.
INO. Míralo y convéncete.
ANG. ¡Dios mío! ¿Será verdad? (Mirando la lista.)

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA MELITONA en la guardilla de la izquierda

MEL. Aquí tiene usted *La Correspondencia.*
HIL. Veamos el ministerio. «Ultima hora.» Aquí está la nuestra. «El nuevo ministerio se ha »contituído en la forma siguiente: Presiden- »cia y Gobernación, Fernández; Estado, Ro- »dríguez; Guerra, Pérez; Marina, González; »Fomento, Domínguez; Gracia y Justicia, »Gutiérrez; y Ultramar, Gómez y Gómez.»
ANG. ¡Nada, nada! Ni una aproximación. (Inocencia figura hablar con él como consolándole.)
MEL. (Con malos modos.) ¿Conoces á alguno?
HIL. No. Es decir, conozco muchos Pérez, Fernández, Domínguez y González, pero no creo que sean estos. Sin embargo, Fernández... ¿Será el confitero aquel que hacía tan buenos dulces? Ahora se ha retirado y acaso

al dejar la confitería se halla metido en política. La aficion al turrón...

MEL. ¡Calla, imbécil!

ANG Tienes razón; no hay motivo para entristecerse. Casi debemos alegrarnos de que no nos haya tocado la lotería. El dinero es enemigo del arte. Viva el arte y vivamos nosotros como podamos. ¡El porvenir nos sonríe!

INO. Al lado de un hombre así, ¿quién puede entristecerse?

HIL. Vaya un modo de consolarme. (Mirando á su mujer que le ha vuelto lo espalda.) Leeré *La Correspondencia* para no verle la cara.

INO. Mira á ver si trae algo de nuevo *La Correspondencia.*

ANG. Veamos. (Música en la orquesta, imitativa de lo que van leyendo.)

HIL. «El regimiento de caballería de Húsares de »la Princesa, pasa de guarcición á la provin- »cia de Lérida.» (Corneta.)

ANG. «El regimiento de infantería de las Navas »de Tolosa, ha llegado á Madrid ayer por la »mañana.» (Tambor.)

HIL. «En la costa Cantábrica hay hace tres días »un temporal deshecho.» (Tempestad.)

ANG. «La cofradía de las Animas se reune esta »noche, en el lugar de costumbre, para tra- »tar de la función religiosa que ya hemos »anunciado á nuestros lectores.» (Piporro.)

HIL. «El simpático y opulento hijo del simpáti- »co y opulento banquero señor Taravilla, ha »contraído matrimonio con la simpática y »opulenta señorita doña Mercedes Botijo. »Deseamos á los recién casados una eterna »luna de miel.» («¡Himeneo! ¡Himeneo!»)

ANG. «El drama estrenado anoche en el teatro- »café del Sur obtuvo un éxito asombroso.» (Golpe de bombo.)

«Mañana se reunirán en Fornos, donde tienen preparada una comida patriótica, varios disidentes del partido progresista constitucional.» (Himno de Riego. Acorde fuerte en la orquesta; pausa breve.)

HIL. ¡Canario!
ANG. ¡Caracoles!
HIL. ¡Mujer, mira lo que dice *La Correspondencia!*
ANG. ¡Mira lo que dice *La Correspondencia*, chica!
HIL. y ANG. (A la vez y muy despacio.) «El doctor Farándula, que ha descubierto la manera de conservar las personas en un sopor especial, garantizándolas que volverán á la vida dentro de cien años, da esta noche un té científico en su palacio, é invita á los que quieran prestarse á tan maravilloso experimento, que ha de asombrar á las edades futuras.»
HIL. ¡Ya lo creo, y á las presentes también!
MEL. Eso es una estupidez.
ANG. ¡Si fuese verdad esto, Inocencia!...
INO. ¡Dormirse ahora y despertar dentro de cien años!
ANG. ¡Es decir, cuando la posteridad habrá hecho justicia á mi música! (Vuelve á leer el suelto para sí.)
HIL. Melitona, ¿quieres que vayamos á que nos conserve el doctor Farándula?
MEL. ¡Yo, contigo, ni á la gloria! Trae ese periódico. (Lo toma y lo rompe.) ¡No se te ocurren más que desatinos!
HIL. ¡Huy, qué mujer, no sé cómo me contengo!
MEL. ¡Y yo no sé cómo te aguanto! (Pasean en sentido contrario por la habitación.)
ANG. Sí, eso dice. Despertar dentro de cien años. Entonces, mi música, que hoy es del porvenir, será del presente, y valdrá dinero y podremos ser felices. ¡Esta sóla idea me llena de consuelo y de alegría!
INO. ¡Ay! si fuera cierto, ¿qué mayor ventura? (Don Hilario y doña Melitona se detienen de pronto, encontrándose frente á frente.)
MEL. ¡Animal!
HIL. ¡Arpía!

Musica

MEL. ¡Yo no te puedo resistir!
HIL. ¡Yo no te puedo soportar!
MEL. ¡Es preferible hasta morir!
HIL. ¡Es preferible reventar!

MEL. ¡Ay, qué existencia tan feroz!
HIL. ¡Ay, qué continuo padecer!
MEL. ¡Ay, qué marido tan atroz!
HIL. ¡Ay, qué mujer! ¡Ay, qué mujer!
INO. Morirse y luego despertar...
ANG. Y despertarse junto á tí...
INO. Del nuevo siglo disfrutar...
ANG. ¡Siempre abrazándonos así!
INO. ¡Ay! ¿Quién tal dicha imaginó?
ANG. ¡Ay, qué ventura y qué placer!
INO. ¡Ay, qué marido tengo yo!
ANG. ¡Ay, qué mujer! ¡Ay, qué mujer!
MEL. ¡Ay, qué marido tan atroz!
HIL. ¡Ay, qué mujer! ¡Ay, qué mujer!

(Se sientan de espaldas.)

INO. ¡A tu lado, vida mía,
hallo toda mi alegría;
mi placer más dulce y puro
en tu amor cifrado está!
ANG. A tu lado no me aflijo,
que hallo en tí mi regocijo,
y mi vida, de seguro,
junto á tí feliz será.
¿Verdad?
INO. Verdad.
LOS DOS ¡Já, já!
¡Já, já!
MEL. Al mirar tal ave fría
no es posible la alegría, (Levantándose.)
y es mi goce más seguro
el vivir lejos de tí.
HIL. Sólo al verte, ya me aflijo;
se acabó mi regocijo,
porque no hay nada más duro
que el estar casado así.
MEL. ¡Ay, sí!
LOS DOS (Llorando.) ¡Jí, jí!
¡Jí, jí!
LOS OTROS ¿Verdad?
¿Verdad?
¡Já, já!
¡Já, já!

Hablado

MEL. Toma, ahí tienes tu cama, y acuéstate pronto, que no me gusta dormir con luz. (Tirándole una almohada, que don Hilario coloca sobre el respaldo de la silla en que se sienta, vuelto de espaldas á su mujer. Ella hace lo mismo con la otra.)

HIL. (La verdad es que si esa noticia fuese cierta, era cosa de dejarse conservar por no volver á ver á mi señora. Y yo ¿qué pierdo con eso? En cuanto la vea dormida, me largo y la dejo viuda sin morirme.) (Apaga el velón.)

ANG. Vamos á ver, ¿te decides á que nos conservemos? ¿Quiéres resucitar el siglo que viene?

INO. Yendo contigo, soy capaz de todo.

ANG. Pues no dudemos más. ¡Andando! ¡Adiós, nido de nuestros amores! Quiero llevarme un recuerdo tuyo. Me llevo la pájara... y el cornetín. (Cogiendo á Inocencia del brazo. Vanse.)

ESCENA VII

DOÑA MELITONA y DON HILARIO

HIL. (Me haré el dormido.) (Ronca.)

MEL. ¡Ya se ha dormido ese zoquete! ¡Ya puedo poner en práctica la idea que no he querido confiarle! Voy á que me conserve el Doctor Farándula, y cuando vuelva de nuevo á la vida, ya no existirá este guardacantón.

HIL. (No se oye nada.)

MEL. Parece que se mueve. (Ronca.) Adiós, mameluco. ¡Ya no volveré á sufrir tus impertinencias! Me largo. (Vase.)

HIL. Está como un poste. Esta es la ocasión. Me las guillo. ¡Adiós para siempre, desdichada! ¡Ya no volveré á oirte gruñir! ¡La del humo! (Vase.)

CUADRO SEGUNDO

Salón en casa del Doctor Farándula.—Puerta al foro.—A los lados, cuatro armarios con letreros que dicen: «Conservas humanas.»

ESCENA VIII

SEÑORAS y CABALLEROS

Musica

El caso es admirable,
el lance sin igual,
si este hombre no está loco
nos vuelve á los demás;
pues nadie su estrambótica
idea tuvo aún,
de conservar los prójimos
lo mismo que el atún.
¿Si será mentira,
si será verdad?
Pronto de la duda
se nos sacará.
Al darnos esta noche
opíparo *buffet*,
empieza por lo menos
á conservarnos bien.
Y es muy aristocrático,
y tiene mucho *chic*,
tragar como heliogábalos
paté foagrá y *rosbif*.
¿Si será mentira,
si será verdad?
Pronto de la duda
se nos sacará.—
Silencio, señores,
que aquí está el Doctor...
—¡Y qué facha tiene
el pobre señor!

ESCENA IX

DICHOS y EL DOCTOR

Doc. Señoras, señores,
os doy gracias mil
al ver que á mi cita
puntuales venís.
Y voy á mostraros
el caso sin par
de ver en conserva
á un simple mortal.
Si alguno de ustedes
se quiere prestar
á un experimento
tan original,
verá en dulce sueño
cien años pasar
y el siglo que viene
resucitará.
Coro ¡Y el siglo que viene
resucitará!
Doc. ¡Resucitará!
Coro ¡Resucitará!
Doc. Que venga el que quiera
mi ciencia á probar;
dispuesto está todo:
aquí espero ya.
Mujeres Está usté equivocado,
señor Doctor;
está usté, amigo mío,
en un error.
Aquí no nos venimos
á conservar,
pues no tenemos de eso
necesidad.
Y sin que usté nos coja,
cualquiera ve
que ya nos conservamos
bastante bien.
Doc. ¿Es decir, que nadie
se quiere prestar

á este experimento
sobrenatural?
Si es que inspira dudas
mi veracidad,
oigan, y al momento
se decidirán.
Soy el Doctor Farándula,
filósofo y mecánico;
soy médico, soy químico,
políglota y botánico.
La ciencia numismática
mil triunfos me debió,
y no inventé la pólvora...
porque otro la inventó.
¡Ese soy yo!

CORO — ¡Apenas tiene títulos
el célebre Doctor!

DOC. — Soy lógico, soy ético,
gramático y agrónomo;
soy físico y geómetra,
soy músico y astrónomo.
Mi nombre se ha hecho célebre,
la ciencia me aclamó.
y al verme tan períndito...
mi abuela se murió.
Sí, se murió.

CORO — Pues, lo que es eso último,
ya lo sabía yo.

Hablado

DOC. — ¡Es posible, señores! ¿No hay ninguno
que, desechando un miedo inoportuno,
quiera sacar partido de mi ciencia
prestándose á tan mágica experiencia?
¿A ninguno, entre tantos, le conviene
despabilar la luz de su existencia
en el siglo que viene?
¿Habéis medido acaso
las inmensas ventajas de este paso?
¡El siglo veinte! ¡El siglo delicioso
en que todo mortal será dichoso,
sin que le deje carecer de nada
la civilización más depurada!

En ese siglo vivirá la gente
perfectísimamente,
y en todas ocasiones
dará muestra evidente
de la fraternidad de las naciones.
Al cabo, convencidos los humanos
del error en que ciegos incurrimos,
todos serán hermanos...
y si no son hermanos serán primos...
Entonces, aunque halléis la cosa extraña,
habrá dinero en la infeliz España,
y hasta el que no mejore de intereses
libre se encontrará de sus ingleses.
Dentro de un siglo, el sér menos pillastre,
podrá vestirse sin pagar al sastre;
acaso sea moda andar en cueros...
¡y se habrán abolido los caseros!
La foto-electro-galva-zing-grafía
hará que muera la pintura al óleo;
producirá dinero la poesía,
y se harán los guisados con petróleo.
¿Calláis? ¿No os decidís, ni aun por capricho?
Pues no me canso más: abur, y he dicho.

CAB. 1.º — ¡Esto es una farsa!
SEÑ. 1.ª — ¡Este Doctor está chiflado!
CAB. 2.º — ¿Y para esto nos ha hecho usted venir?
CAB. 1.º — ¡Que nos devuelva el dinero!
CAB. 2.º — ¡Pero, hombre, si no hemos pagado nada!
CAB. 1.º — Pues es verdad. ¡Tiene usted razón!
SEÑ. 1.ª — ¡Repito que esto es una farsa!
DOC. — Señores, me parece una inconveniencia...
CAB. 1.º — La inconveniencia es la de usted. Nosotros creíamos que ya tenía preparados á los que iba á conservar.
TODOS — ¡Es cierto!
CAB. 1.º — ¡Y ahora resulta que no quiere conservarse nadie!
TODOS — ¡Nadie!
ANG. — ¡No es cierto! Nosotros queremos conservarnos.
DOC. — ¡Ah! ¡Ustedes me salvan!

ESCENA X

DICHOS, ANGEL é INOCENCIA, del brazo

Musica

ANG. Soy Angel Semifusa
y esta es mi esposa;
mi fama de maestro
no es aún gran cosa;
pero yo, que en mi arte
me creo ducho,
les aseguro á ustedes
que valgo mucho.
Pasar la vida aquí
no nos conviene ya,
y para el porvenir
me quiero conservar.

CORO Tiene razón;
es muy acertada
determinación.

DOC. (Hablado.) ¡Viva el hombre que cierra los ojos y se entrega en brazos de la ciencia!

TODOS ¡Viva!

INO. Soy Inocencia Ovillos,
soy costurera
y coso para dentro
y para fuera;
y aunque no sea un caso
muy repetido,
estoy enamorada
de mi marido.
Pasar la vida aquí
no nos conviene ya,
y para el porvenir
me vengo á conservar.

CORO Tiene razón;
es muy acertada
determinación.

Hablado

DOC. ¡Viva la mujer del porvenir!

TODOS ¡Viva!

DOC. En nombre de la ciencia doy á ustedes las gracias. Van ustedes á convencerse, ¡incrédulos! — Es decir, ustedes no se convencerán, pero sus nietos sí.

ANG. Y diga usté, ¿qué tenemos que hacer para conservarnos?

DOC. El procedimiento es muy sencillo. Colocaré á cada uno de ustedes en uno de esos receptáculos, y dándoles á oler un álcali, descubierto por mí, echarán una siestecita de cien años. Mis herederos son los encargados de dar á ustedes el chocolate el veinticuatro de Diciembre de mil novecientos setenta y seis. ¿Están ustedes dispuestos?

INO. ¡Sí!

ANG. ¡Lo estamos!

DOC. Pues usté aquí, señora.

ANG. ¡Cómo! ¿No va usté á conservarnos juntos?

DOC. No, señor.

ANG. Entonces, Inocencia, un abrazo. ¡Hasta el siglo que viene! (Se abrazan.)

INO. Hasta luego.

DOC. Es filósofa.—Vamos.

ANG. Un momento. ¡Inocencia! otro abrazo... (Vuelven á abrazarse.)

INO. Adiós.

ANG. ¡Adiós!—Cuando usté guste.

DOC. Andando.

ANG. Un momento...

DOC. Basta de abrazos. Ya se abrazarán ustedes en tiempos más felices.

Música

CORO
¿Si será mentira,
si será verdad?
Sólo nuestros nietos
lo averiguarán.

(El Doctor encierra, haciéndoles antes oler un pomito, á Angel é Inocencia.)

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA MELITONA

Hablado

MEL. Señores, muy buenas noches: ¿el señor doctor?

DOC. Servidor de usté.

MEL. Pues vengo á eso.

DOC. Y, ¿qué es eso, señora?

MEL. Lo que dicen los periódicos, ¿es una filfa? ¡Ya me lo figuraba yo! Vaya, abur.

DOC. ¡Señora, no es filfa!

MEL. En ese caso, aquí me tiene usté dispuesta á todo. Yo estoy desesperada; soy muy desgraciada, y ya no me contengo por nada.

DOC. Pues por mí no hay dificultad.

MEL. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

DOC. Meterse aquí, oler y callar. (La hace entrar en el armario.)

Música

CORO

¿Si será mentira,
si será verdad?
Sólo nuestros nietos
lo averiguarán.

Hablado

DOC. ¡Y van tres! ¿No se animan ustedes, señores? ¿No hay otro que quiera disfrutar las dulzuras del siglo próximo?

ESCENA XII

DICHOS y DON HILARIO

HIL. Un servidor de usté.

DOC. ¡Y van cuatro!

HIL. ¿Voy á tener compañeros de viaje? ¡Me alegro! ¿Dónde están? Quiero verlos.

DOC. ¡Imposible! Están ya en conserva. Y si usté quiere, procederé á ponerle en el mismo estado.

HIL. ¡Oh! sí. ¡Cuanto antes, mejor! Usté va á hacerme feliz. ¡Usté me libra de ella! ¿No sabe usté quién es ella? ¡Pues ella es mi mujer! Usté va á proporcionarme el primer sueño tranquilo que he disfrutado desde que me casé. Estoy á sus órdenes. (Al coro.) ¿Ustedes vienen también al otro siglo?

CORO No, señor.

HIL. Pues si en este conocen á una señora que voy á dejar viuda y que se llama doña Melitona Mantecón, dénla ustedes expresiones. Y abur. Y hasta nunca.

DOC. Huela usté. (Le encierra.)

HIL. (Dando golpes en el armario, que abre el Doctor.) Señor Doctor, señor Doctor, écheme usted un poco de alcanfor para que no me apolille.

DOC. No tenga usté cuidado.—¡Seres felices! Vosotros vais á ver lo que nosotros no veremos. ¡Cómo os envidio!

CAB. 1.º Pues si los envidia usté, ¿por qué no se conserva como ellos?

DOC. Señores, la verdad... (Reuniéndolos y hablando misteriosamente.) Aquí, en confianza, voy á decir á ustedes una cosa. A pesar de ser yo el inventor de estas conservas humanas, tengo así cierto recelo...

CAB. 1.º ¿Recelo de qué? (Espantado.)

DOC. De que no se despierten.

TODOS ¡Caracoles! (Con terror.)

UNO ¡Esto es un crimen!

CAB. 1.º Va á venir la policía.

TODOS ¡Ay! (Todos huyen.)

DOC. ¡Puede que se despierten... Puede que se despierten... Puede que se despierten! (Vase tranquilamente por la izquierda.)

CUADRO TERCERO

Música

Telón supletorio que figura un calendario de pared.—Hueco en el centro por el que van pasando los años

CUADRO CUARTO

El alcazar del tiempo.—Este aparece sobre un reloj de gran tamaño.—Alegoría cómico-coreográfica y paso á dos entre los siglos XIX y XX

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO QUINTO

Interior de una bodega. A los lados, los armarios del primer acto cubiertos de polvo y telarañas.

ESCENA PRIMERA

PEPITO y CORO DE HOMBRES, en traje del siglo XX

Música

CORO

Mientras llega la hora
de averiguar
si tu ilustre abuelito
dijo verdad,
á beber manzanilla
tinto y Jerez,
hasta que nadie pueda
tenerse en pié.

—

PEP.

Alto, señores,
no beban más,
tengamos todos
serenidad;
pues para el caso
preciso es
que conservemos
la lucidez.

—

CORO
Pues abrid los armarios,
que es tiempo ya
de obligar á las momias
á despertar;
y que al cabo de un siglo
vuelvan á ser
lo que en mil ochocientos
setenta y seis.
Y antes de que á la vida
las vuelvas tú,
entona un vito
á su salud.

PEP.
(Con acento andaluz.)
Cuando bajo á la bodega
se me ocurre un pensamiento:
¡qué felices son las cubas
con tanto vinillo dentro!
Con el vito, vito, vito,
con el vito de Jeréz,
yo me llamo don Pepito
y me achispo alguna vez.
Ayer, caminito
del barrio é Triana,
me hayé una chiquiya
bastante barbiana:
la suelto un piropo,
la sigo, la atrapo,
la digo: ¡Salero!
me arrima un sopapo.
Me quemo de rabia,
los dientes la enseño,
y asoma la jeta
de un moso trigueño.
Me mira, le miro,
se baja el emboso,
se cuadra, me cuadro,
me tose, le toso.
Se quema, me quemo,
se irrita, me irrito,
se atufa, me atufo,
me grita, le grito.
La chica se larga
pidiendo socorro,
las gentes se asercan

y forman un corro.
Me calo el sombrero,
me aprieto la faja,
sacamos á un tiempo
los dos la navaja.
Yo me echo hasia alante
y él se echa hasia atrás...
y echamos diez copas
y ya no hubo más.

CORO — Con el vito, vito, vito, etc.

SEGUNDA COPLA

PEP. — Cuando bebo Manzanilla
de Noé siempre me acuerdo,
porque al inventar el vino
asercó á la tierra el sielo.

PEP. Y CORO — Con el vito, vito, vito,
con el vito de Jeréz,
yo me llamo don Pepito
y me achispo alguna vez.

Hablado

AM. 1.° — Chico, eres de lo más flamenco que he conocido.

PEP. — ¡Eh! basta de broma, formalicémonos. Bueno que para solemnizar el extraordinario suceso que hoy nos reune, hayamos destapado algunas botellas; pero llegado el momento de exhumar esos infelices, es preciso que nos pongamos serios.

LOS DOS AMIGOS — Sí, pongámonos serios.

AM. 2.° — ¿Pero tú crees formalmente que se habrán conservado esos cuatro individuos y que vamos á asistir á su resurrección?

PEP. — Ahora lo veremos.

AM. 1.° — Desengáñate, Pepe, esto no es más que una broma de tu bisabuelo, el doctor Farándula.

PEP. — Pues, amigos, volvámosle el crédito de una vez, ó ríamonos de mi respetable antecesor. Si llegan á despertar, ¡cuál será la sorpresa de nuestros contemporáneos al contemplar

estos rarísimos ejemplares de la sociedad del siglo diez y nueve! Del siglo que vanidosamente se llamaba de las luces ¡y se alumbraba con gas!...

TODOS ¡Jé, jé, jé!

AM. 2.º ¡Pobres gentes!

AM. 1.º Bien puede decirse que vivían á obscuras.

PEP. Llegó el momento decisivo. (Abre los armarios y aparecen los cuatro personajes inmóviles y dormidos.)

TODOS ¡Ah!

PEP. ¿Qué bien conservados están, eh? Cualquiera diría que los habían puesto ahí esta noche.

AM. 2.º ¡Es admirable!

AM. 1.º ¡Portentoso!

AM. 2.º ¡Sobrenatural!

AM. 1.º ¡Increible!

PEP. ¡Y qué bonita es esta!

AM. 2.º ¡Qué trajes tan raros!

PEP. Voy á darles á oler el pomito que mi bisabuelo dejó para este caso. (Se lo da á oler sucesivamente y los cuatro estornudan.)

TODOS ¡Eh!

AMIGO 2.º ¡Demonio! Esa momia se mueve. Huyamos. (Vanse todos.)

ESCENA II

DON PEPITO, DOÑA MELITONA, INOCENCIA, DON HILARIO y ANGEL

ANG. ¡Inocencia! Ay, ¿qué es esto? ¡Qué sueño tan extraño! (Desperezándose poco á poco y poniéndose al fin en movimiento.)

INO. ¡Angel! ¡Qué pesadilla he tenido! Pero ¿dónde estamos?

PEP. No se asusten ustedes; están en mi casa, que es la suya.

ANG. ¡Qué hombre tan raro! ¡Qué traje tan ridículo!

PEP. ¡Já, já! ¿Pues no dice que es ridículo mi traje?

ANG. Pero ¿qué es esto?

PEP. Esto es sencillamente que se durmieron ustedes hace cien años y se despiertan ahora.

ANG. ¡Es posible! ¡Inocencia, hemos logrado nuestro objeto! ¡Dame un abrazo! Con el permiso de ustedes.

HIL. ¡Déjame en paz, mujer! ¿Eh? ¿Qué quieren ustedes? ¿Qué sitio es este?

ANG. ¡Nuestro vecino!

INO. ¡Es verdad!

ANG. ¿Tambien usted se había conservado?

HIL. ¿Conservado?... ¡Ah, sí! ¡Ya caígo! Luego... ¿es verdad?

PEP. Sí señor, es verdad. Estamos á veinte y cuatro de Diciembre de mil novecientos setenta y seis.

HIL. ¡Soy feliz! ¡Soy feliz! Ya hará lo menos ochenta años que me he quedado viudo. ¡Pobre Melitona! Dios la tenga en la gloria. ¡Era un angel!

MEL. Hilario... Hilario... ¡que te araño!

HIL. ¡Jesucristo! ¡Mi mujer!

MEL. ¡Su voz! ¡Mi marido! Todo ha sido un sueño.

HIL. ¡No! Es realidad, y realidad espantosa, ¡tan espantosa como tú! (A Don Pepito) ¿Dígame usted: puede usted conservarme, solo, para dentro de otros cien años?

PEP. No señor; mi bisabuelo se llevo á la tumba su secreto.

HIL. ¿Su bisabuelo? ¿Es usted biznieto del doctor Farándula? ¡Ya se conoce! Es usted su vivo retrato.

MEL. ¡No vuelvo en mí!

HIL. Sí, hija mía, sí, desgraciadamente has vuelto.

PEP. (¡Canario! ¡Qué preciosa es esta muchacha!)

ANG. Dígame usted, y usted dispense. ¿Qué piensan ahora de un músico muy notable que hubo en mi tiempo y que se llamaba Angel Semifusa?

PEP. Semifusa... Semifusa... Es la primera vez que le oigo nombrar.

ANG. ¡Cómo! ¿No se han ejecutado sus óperas?... ¿La posteridad no le ha hecho justicia? ¡Fiese usted en la posteridad!

PEP. ¿Era amigo de usted?

ANG. No... conocido... (Voy viendo que no me conoce nadie más que yo. ¡Qué desengaño!)

INO. (Ya te conocerán.)

PEP. (¡Caracoles! ¡Qué bonita es esta mujer!)

HIL. (De pronto á Don Pepito.) Dígame usted: ¿continúa la gente casándose?

PEP. Sí, señor, ¡pues ya lo creo!

HIL. Está visto: la humanidad no escarmienta. ¿Y se casan por lo eclesiástico ó por lo civil?

PEP. Por lo criminal.

MEL. Pero, ¿por qué nos estamos aquí metidos? ¿Dónde vamos á ir? ¿Qué vamos á hacer?

PEP. Yo me encargo de ustedes. Seré su *cicerone* y su explotador.

ANG. ¡Explotador! Me gusta la franqueza.

PEP. Es la única manera de proporcionar á ustedes una posición ventajosa. Cualquiera que fuese su profesión en el siglo pasado, deben encontrarse atrasadísimos con relación á nosotros. Usted, ¿qué profesión tenía? (A Angel.)

ANG. Era compositor y tocaba el cornetín.

PEP. ¿Y usted?

HIL. Yo... Tocaba el cielo con las manos.

PEP. ¿Cómo?

HIL. Era cesante, cesante perpetuo; creo que fuí cesante antes de ser empleado... Así es que pensaba seguir pretendiendo; porque supongo que los cesantes seguirán haciendo lo mismo que en el siglo diez y nueve.

PEP. ¡Ya no hay cesantes, hombre!

HIL. ¡Es posible!

PEP. Ya todos los españoles son empleados.

HIL. ¡Ha sido una gran idea!

PEP. Así hemos acabado con la empleomanía.—Pero ustedes tienen en su mano, es decir, en la mía, el medio de hacerse fácilmente un capital.

HIL. ¡Cómo!

ANG. ¿De qué modo?

MEL. ¡Hable usted!

PEP. Dejándome que yo les enseñe al público en

la exposición permanente de objetos raros. Ustedes, al fin y al cabo, son unos fenómenos.

LOS CUAT. ¡Somos unos fenómenos! (Con desesperación cómica.)

HIL. Mi mujer llamará la atención, si hay quien dé dinero por verla, que lo dudo.

ANG. ¡Un artista condenado á enseñarse como la mujer con barbas!

HIL. Yo, por mí, estoy dispuesto.

MEL. Y yo.

INO. Y yo.

ANG. ¡Y yo!...

HIL. En vista de esta conformidad, creo que bien podría usted hacernos un adelanto. Prestarnos algún dinero.

PEP. ¡Dinero! ¡Dinero en este siglo! ¡Ya no hay dinero, hombre!

HIL. Es natural, quedaba muy poco cuando nosotros nos dormimos. Y lo que es para mí se había acabado mucho tiempo antes.

ANG. ¿Y con qué han sustituído ustedes el metálico?

PEP. Con el papel. Ya no hay más que papel. Como cosa curiosa, se conservan en el Banco tres pesetas. Conque, vamos arriba; allí les daré á ustedes cuatro resmas de billetes de á cinco céntimos. Luego nos iremos á dar una vuelta por las calles para que vean ustedes el nuevo Madrid.

MEL. Sí, sí. A ver todo lo nuevo.

PEP. Pero ante todo, tienen ustedes que dejar esos trajes y vestirse como nosotros.

HIL. ¿Por qué?

PEP. Porque de otro modo quitaríamos la novedad al espectáculo, y al verlos así, con esas fachas, les correrían los chicos.

HIL. ¿Y á ustedes no los corren?

MEL. ¡A la calle! ¡A la calle!

HIL. ¿Me hace usted el favor de decirme qué hora es?

PEP. (Saca un reló de forma extraña, y al abrirlo suenan dos tiros.) Las dos.

HIL. Bonito reló.

PEP. ¡Pché! un *cilindro-rewolver*. Es la hora más á propósito para andar por Madrid.

HIL. Son las dos de la tarde, ¿eh?

PEP. No, de la madrugada.

MEL. ¡Hombre! ¿Y qué vamos á ver de noche?

PEP. ¡Noche! ya no hay noche, señora. Ahora, cuando se pone el sol, enciende el ayuntamiento el suyo; un sol eléctrico que tiene sobre el otro la ventaja de que alumbra y no da tabardillos. La gente anda por las calles, mientras alumbra éste, y al salir el sol natural, se acuesta.

HIL. En esto han mejorado ustedes, porque ya no se arrimará la gente al sol que más calienta.

PEP. ¿Andando?

TODOS ¡Andando!

PEP. (Ofreciendo el brazo á las dos señoras y mirando alternativamente á Inocencia y à Doña Melitona) Váyase lo uno por lo otro.

Música

Marchémonos ya.
Salgamos de aquí.
Vamos á admirar
el nuevo Madrid.

CUADRO SEXTO

El Pasaje de la Moda. A la derecha una tienda en cuya muestra se lee: «Perfumería maravillosa. Se ponen caras nuevas.» Otra á la izquierda: «Modiste. Robes.»

ESCENA III

CABALLEROS, á poco los FIGURINES, CORO de mujeres en traje andaluz afrancesado.

Música

CORO HOMBRES Amigos, atención,
la moda va á salir;
preciso es observar
el nuevo figurín.

Que venga á verlo yo
me ha dicho mi mujer,
pues hoy no ha de salir
vestida como ayer.
¿Qué diablo inventará
madama Crinolín
que preste novedad
al nuevo figurín?
A abrirse empieza ya
la puerta del taller...
¡Qué cara, santo Dios,
me cuesta mi mujer!

FIGURINES

Somos figurines vivos
y salimos por ahí
para renovar las modas
de la gente de Madrid.
El vestido trabucaire
nos prescribe *la dérniere*
con pañuelo á la andaluza
y un airoso calañés.
Hoy á la española
hemos de vestir,
todas afectando
aire varonil.
Manta jerezana
hemos de llevar,
y un feroz trabuco
suple al *antucá.*
Tra, la, tra, la.
Tra, la, tra, la, la,
y un feroz trabuco
suple al *antucá.*

SEGUNDA COPLA

Los colores más de moda
para traje de *soirée*,
son de rábano afligido
y de barro *parisién.*
Un pimiento en la cabeza
del buen gusto es el non-plus,
y la moda para el pelo
es teñírselo de azul.

El sombrero nuevo
sombra no ha de dar
porque sirva menos
y moleste más.
Vuelve á estar de moda
el olor de ollín,
y los abanicos
han de ser así:
Riqui, riqui, ri,
riqui, riqui, rí,
hoy los abanicos
han de ser así.

Hablado

CAB. 1.º Vaya, ya estamos enterados. Voy á decírselo á mi mujer.

CAB. 2.º Pues ruéguele usted en mi nombre que baje á ver á la mía. Yo no puedo detenerme.

CAB. 1.º ¿Va usted muy lejos?

CAB. 2.º No; voy ahí á Bruselas, á almorzar con mi tío; pero estaré de vuelta á la hora de comer. Hasta luego.

CAB. 1.º Hasta la tarde. (Se van, saludándose con un apretón de narices.)

ESCENA IV

DON HILARIO, INOCENCIA, ANGEL y PEPITO

HIL. ¡Qué incómodos son estos trajes!

PEP. ¡Hombre, no hable usted de eso cuando acaba de soltar aquel levitón!

HIL. Pero, ¿para qué sirve esto? ¿Quiere usted decirme para qué sirve esto? (Mostrando los faldones que tiene por delante su levita.)

PEP. Para lo que servían los faldones de ustedes. Para nada. (Cada vez me parece más bonita esta mujer.)

ANG. (Me va cargando ya este hombre con sus miraditas.)

HIL. (Leyendo las muestras de las tiendas.) *Modiste robes.* Modistas que roban... Vamos, esto no

ha variado. *Perfumería Maravillosa. Se ponen caras nuevas.* Esto es lo que le hacía falta á mi mujer.

ANG. (Te digo que te mira y que me va cargando.)

INO. (Yo no he notado nada.)

ANG. (Las mujeres no notais nunca estas cosas.)

HIL. ¿Y mi mujer? ¿Dónde estará mi mujer?

PEP. No sé.

ANG. Con nosotros venía...

INO. ¡Pobre señora! ¡Se habrá perdido!

ANG. ¡No importa!

HIL. Tiene usted razón: no importa.

PEP. Pondremos un anuncio...

HIL. Sí; póngalo usted, prometiendo dinero al que se la encuentre y no me la devuelva.

PEP. Remonísima. (A Inocencia.)

ANG. ¿Decía usted?...

PEP. No, no hablaba con usted.

ANG. (A este tipo le rompo yo el bautismo... y la confirmación.) Oiga usted.

PEP. ¿Qué hay?

ANG. Que mi mujer y yo necesitábamos irnos á nuestra casa, para lo cual es preciso ante todo buscar una.

PEP. ¿Una? Dos dirá usted.

ANG. ¿Cómo dos?

PEP. Usted ignora la costumbre de los matrimonios de ahora. En tiempo de ustedes ya empezó á iniciarse la reforma matrimonial, viviendo los cónyuges cada uno en su cuarto. Ahora la moda obliga á vivir á cada uno en su casa y en diferente barrio.

ANG. (Te veo.) Pues mire usted, yo soy un hombre muy chapado á la antigua y viviré con mi mujer en el mismo cuarto y como antes.

INO. Sí, sí, como antes, como antes.

ANG. Vámonos, vámonos á buscar casa.

PEP. Está bien, yo iré con ustedes, y, como casero universal, les proporcionaré una buena habitación.

ANG. (Está visto; no nos lo quitamos de encima.)

HIL. (¿Me volveré á encontrar á mi mujer? ¡Sería broma! Vaya, no pensemos en cosas tristes.)

ANG. (¿Me quieres?)

INO. (¿No lo sabes?)

ANG. (¡Hace tanto tiempo que no nos decimos una palabra!)

HIL. (Viendo pasar dos mozos con un cuadro grande cubierto.) ¿Qué es eso, don Pepito?

PEP. Algún cuadro que llevarán á la Exposición de Pinturas. Si quieren ustedes verlo, yo, como inspector general de artes, tengo derecho á meterme en todo. ¡Eh! ¡Mozos! Descubran ustedes eso. ¡Magnífico! (Los mozos saludan y enseñan el cuadro en el centro de la escena; es un lienzo con cuatro ó cinco grandes borrones.) ¡Soberbio! ¡Qué tonos! ¡Qué tonos! Fíjense ustedes.

HIL. ¡Yo no veo nada!

ANG. ¡Ni yo!

INO. ¡Ni yo!

PEP. No comprenden ustedes la nueva escuela. ¡Pues ese es el mérito! El pintor hace el cuadro, y el que lo ve se lo imagina á su gusto. Llévenselo ustedes. (Vanse los mozos.)

ANG. Nosotros, con el permiso de ustedes, nos vamos á buscar casa.

PEP. Vamos, vamos cuando ustedes gusten. Pero supongo que no querrán ir á pie. Ahora las distancias son terribles. Tomaremos un simón de presión atmosférica. ¡Chist, chist! (Llamando. Sale por la izquierda el carruaje.) Pasen ustedes, pasen ustedes.

HIL. ¡Está visto! El cochero no varía. Parece un simón de mis tiempos.

COCHERO ¿A dónde vamus, señuritu?

PEP. Iremos á la agencia, calle cincuenta y tres mil setecientos quince, número veinticinco mil quinientos diez y ocho, cuarto noveno. Hay entresuelo. Háganme ustedes sitio.

COCHERO Señuritu, nun tiene bigutera.

PEP. Entonces, apéense ustedes, tomaremos otro.

ANG. No, ¿para qué? No se moleste usted en venir con nosotros. Muchas gracias. Después nos veremos en el concierto. ¡Arrea! ¡Gracias á Dios! (Echa á andar el coche.)

PEP. Nosotros tomaremos otro, ¿no le parece á usted?

HIL. No, señor, no me hace gracia eso de la presión atmosférica.

PEP. (Ya no los alcanzo; la veré luego en el concierto.) Ya que estoy aquí, voy á visitar á un enfermo que tengo cerca.

HIL. ¿Pero también es usted médico?

PEP. Yo soy todo cuento hay que ser, amigo mío; en este siglo no basta tener una profesión, es preciso dedicarse á muchas y saber de todo aunque se sepa mal.

HIL. ¿Y usted cuántas profesiones tiene?

PEP. No soy de los que reunen más. Soy médico, ingeniero, empresario de teatros, actor, polvorista, diputado, inspector general de artes, juez de primera instancia y choricero.— Si usted me espera por aquí, volveré pronto.

HIL. Hasta después. (Don Pepito le coge la nariz.) (Será el nuevo saludo.)

ESCENA V

DON HILARIO, en seguida MELITONA

HIL. Pues, señor, héme aquí en medio de una sociedad desconocida y llena de encantos, con dinero en el bolsillo y sin mi mujer. Soy dichoso. ¡Hombre! ¡Qué buena moza sale de allí! ¡Calle! ¡Tiene cierto parecido con Melitona, pero no con la Melitona de ahora, con la Melitoncita del año cincuenta y cuatro, cuando yo era miliciano nacional.

Musica

MEL. ¿No me conoces?
HIL. No tengo el gusto...
MEL. Soy Melitona,
¡no seas bruto!
¿Dudas acaso?
HIL. No, ya no dudo,
que ese piropo
fué siempre tuyo.
Mas dime ¿cómo

te han puesto así
con esa cara
de serafín?

MEL. ¿Te gusto mucho?

HIL. Me haces tílin...
Mas díme cómo
te han puesto así.

MEL. Voy á la perfumería
donde ponen caras nuevas...
¡Y qué bien te sentaría
el mudarte la que llevas!
Me colocan nuevo cútis,
me componen la naríz,
doy los cuartos, hago *mutis*
y aquí vuelvo tan feliz.
Me pueblan las mandíbulas
de dientes de marfil,
y á fuerza de cosméticos
mi pelo brota al fin.
Al talle, en una máquina,
le prestan esbeltez,
puliéndome y dejándome
tan mona como vés.

HIL. (Con el mayor entusiasmo y persigiéndola: ella huye con coquetería.)
¡Y tanto que lo es!
¡Jesús y qué monísima
han puesto á mi mujer!

—

MEL. Vida nueva, Melitona,
y, aunque pese á tu consorte,
á lucir esta persona
por las calles de la corte.
Las conquistas á millares
voy á hacer yo por ahí,
y tras mí vendrán á pares
los gomosos de Madrid.
Con la mirada lánguida
y gracia en el andar,
yo la atención unánime
conseguiré llamar.
Si á tí, que eres un bárbaro,
logré encantar así,

todos los otros prójimos
se pirrarán por mí.

HIL. Sospéchome que sí.
Jesús, ¡que escamadísimo
estoy al verla así!

Hablado

HIL. ¡Ay, Melitoncita mía! ¡Qué remonona te han puesto! ¡Cuánto me gustas! Me gustas tanto... que no me pareces mi mujer.

MEL. Hágame usted el favor de dejarme en paz, caballero. Todo ha concluído entre nosotros. Somos un matrimonio muy desigual.

HIL. ¡Melitona!

MEL. ¡Qué!

HIL. ¡Melitoncita! ¿Vamos á dar una vuelta?...

MEL. ¿Vuelta? La vuelta voy á darla yo. Ha llegado el caso de vengarme de tus groserías. ¿No querías verte libre de tu mujer? ¿No era gruñona? ¿No era insoportable? ¿No era horrible?

HIL. Sí, hija mía, lo eras... lo eras... pero ya no lo eres.

MEL Pero, tú lo eras y continúas siéndolo.

HIL. No me lo dirás dos veces; voy á ponerme una cara nueva.

MEL. No las hay para caballero. La invención es de una señora, y sólo las hace en obsequio del bello sexo.

HIL. ¡Dios mío! ¿Me veré precisado á echar de menos la fealdad de mi mujer?

ESCENA VI

DICHOS y DON PEPITO que anda siempre figurando patinar

PEP. ¡Ya me tiene usted de vuelta! ¡Caramba! ¡Qué mujer tan guapa! ¿Quién es?

HIL. ¡Mi mujer, hombre, mi mujer! Y hágame usted el favor de no decírselo, que ya lo sabe demasiado.

PEP. ¿Se ha comprado usted esa cara, señora?

Pues ha tenido usted muy buen gusto: es preciosa.

HIL. Hombre, ¡por Dios!

MEL. ¡Muchas gracias!

PEP. (Si casi me gusta más que la mujer del músico.) ¡Preciosísima!

HIL. ¡Ay!

PEP. ¿Qué es eso? ¿Se pone usted malo?

HIL. Sí, señor; la debilidad... las emociones... ¡Ay! yo me caigo. (Desvaneciéndose.)

MEL. ¡Ay! ¡Un médico!

PEP. Yo lo soy, señora; no se asuste usted. (Saca del bolsillo una cuchara y se la mete en la boca á don Hilario.) ¿Se siente usted mejor?

HIL. Sí, señor. ¿Qué me ha dado usted?

PEP. Nada. Es el último sistema. Los homeópatas adelantaron un paso en la simplificación de los medicamentos, y de la homeopatía se ha pasado á la *nadaopatía*, que consiste en no dar nada á los enfermos.

HIL. Pues mire usted, es un buen método; así no se les molesta.

PEP. ¡Claro! Y se mueren más á gusto.

HIL. Don Pepito, yo estoy desfallecido. Tengo un hambre que no veo. Vamos á tomar algo. Considere usted que hace cien años y un día que no pruebo bocado, y, aunque cesante, no estoy hecho á pasar hambres tan largas.

PEP. Bueno; ahora iremos á un *restaurant* á que le den á usted cuerda para ocho días.

HIL. ¡Cuerda! (Vamos, sí, será una cuerda de longanizas.)

PEP. ¿Quiere usted apoyarse? (A doña Melitona.)

HIL. Gracias; me apoyaré yo, que lo necesito más. Vé delante, niña. (Ruido de tambores dentro.)

MEL. ¿Qué es eso?

PEP. Los generales que van á la parada.

HIL. ¿Y los soldados?

PEP. ¡Soldados! Ya no hay soldados: ¡ya todos son generales!

CUADRO SÉPTIMO

Una esplanada. En el centro de la escena una muralla aspillerada, detrás de la cual aparecen á su tiempo los músicos con sus enormes y caprichosos instumentos y dos cañones. Un letrero en la muralla que dice: «Sociedad de conciertos.» Sillas á un lado

ESCENA VII

ANGEL é INOCENCIA. Despues MELITONA, DON HILARIO y DON PEPITO

ANG. Al fin voy á ver lo que tanto deseaba. El arte me seduce. Preparémonos á gozar.

PEP. Acá estamos todos. (Saliendo.)

ANG. Ya está aquí este mosca.

MEL. Creo que hemos venido demasiado temprano.

INO. Sí, hasta ahora, somos los primeros.

PEP. Y probablemente los últimos.

ANG. ¡Los últimos! Pues qué, ¿Madrid ha perdido la afición á la música?

PEP. No, señor; pero para oirla no necesita la gente venir al concierto; la oye desde su casa y le sale más barato.

MEL. ¿Y qué tal es el programa de hoy?

PEP. Inmejorable, señora, inmejorable. (Casi tan inmejorable como usté.) Se compone de veinte sinfonías en cuatro tiempos cada una.

ANG. ¡Veinte sinfonías! (Aquí echo yo la siesta.)

PEP. Veinte, que vienen á ser ochenta, porque el público hace repetir todas las piezas tres ó cuatro veces.

MEL. Ay, yo me muero por la música clásica.

HIL. (Me parece que hoy me muero yo también.)

PEP. La primera es del maestro Zambombak, y pertenece al género imitativo. Verán ustedes. «El viaje de placer.» Sinfonía histórica. Es un cuadro de costumbres de la época de ustedes. Primer tiempo: variable. Alegro triste. Reunión de viajeros acompañados de

sus amigos y familias en la estación del ferrocarril. Despedidas, abrazos, lagrimones y besuqueo, todo imitado por la orquesta con tal perfección que no hay más que ir leyendo el programa para comprender lo que es aquello. Segundo tiempo: revuelto. Andante. Echa á andar el tren. Aquí la música imita el silbato, el color del humo y hasta el olor del carbón de piedra. Tercer tiempo: sereno. Scherzo. Merienda de viajeros. Detalle puramente bucólico. La música va expresando lo que come cada uno y describiendo el salchichón, los pollos asados, las galletas y el frasco del vino. Hay compases que se mascan realmente y que no tiene uno más remedio que tragar. Cuarto y último tiempo: nublado. Final. Robo del tren por una partida de ladrones. Lucha encarnizada por ambas partes y explosión de la máquina.

HIL. ¡Magnífico! ¡Magnífico!

PEP. ¡Silencio! que ya están ahí los profesores. (Salen los profesores. Música en la orquesta.)

ANG. Por lo visto van á tocar algo de Wagner.

PEP. ¡Vagner! ¡Wagner! ¡Ese era un pobre melodista! ¡Un imitador servil de Bellini!—Ya van á empezar. Ya van á empezar.

VENDEDOR (Pasando) Naranjas y algodones para los oidos. (Concierto. Música D. Pepito hace notar á los dos matrimonios los detalles marcados en el programa. A los disparos del final salen todos huyendo.)

CUADRO OCTAVO

Un café. Sobre una de las puertas, un letrero que dice: «Dormitorios.»

ESCENA VIII

DON PEPITO, DOÑA MELITONA, INOCENCIA, DON HILARIO y ANGEL

PEP. Entremos en este café. Aquí pueden ustedes descansar y reponerse del susto.

HIL. ¡Calle! Un café desierto.

ANG. Por lo visto, los madrileños han dejado al fin la costumbre de perder el tiempo en el café, discutiendo sobre política y arreglando el mundo á su capricho.

HIL. ¡Gracias á Dios que encontramos un adelanto verdadero!

ANG. ¡Dormitorios! Diga usted, ¿quién duerme ahí?

PEP. Los parroquianos que se pasan aquí la vida. Así se evitan la molestia de ir á su casa, y lo hacen todo sin salir del café.

ANG. Por el camino que íbamos y en un siglo, no es extraño que se haya llegado á esto.

PEP. Todavía no se han levantado sin duda.

UN MOZO ¿Van á tomar ustedes algo?

HIL. Hombre, sí. ¿Qué podemos tomar, don Pepito?

MEL. Algun refresco.

ANG. Café.

PEP. ¡Qué! ¡No señor! Cerveza. Traiga usté cerveza. Ahora las personas decentes, no toman otra cosa que cerveza.

HIL. No es cosa que me gusta mucho, pero, puesto que no hay otro remedio, seamos personas decentes.

PEP. ¿Dónde quieren ustedes que vayamos desde aquí?

MEL. Yo, si hemos de ir á paseo y al teatro, necesito ante todo comprarme unos guantes.

ANG. Nosotros también tenemos que hacer algunas comprillas.

PEP. Pues lo mejor será que vayamos al *Bazar de la Unión*, donde encontraremos de todo. Así verán ustedes un establecimiento á la moderna.

MEL. En nuestros tiempos, había en Madrid uno con ese nombre.

PEP. La casa es la misma, pero ha prosperado tanto, que siendo estrecho para ella su primitivo local, tiene hoy otro mucho más grande en el nuevo centro de Madrid. Vaya, aquí está la cerveza. (Sale el mozo con unos enormes tubos de cristal y un jarro cilíndrico de metal blanco con tapa y asa.) ¡Quietos! !Quietos! Yo serviré á ustedes. (Les sirve un líquido negro.)

ANG. ¿Pero qué cerveza es esta, hombre de Dios?

PEP. Amigo mío, esta es la única bebida que toman ahora las personas elegantes: lo que en el siglo pasado se llamaba «La reina de las tintas.»

MEL. ¡Qué horror!

INO. ¡Uf! ¡qué asco!

HIL. Llévese usté esa porquería.

ANG. ¡Nos han tomado por calamares!

MEL. Vámonos, vámonos al bazar de la Unión.

PEP. Cuando ustedes gusten. (Saca del bolsillo una tira de papel enrollado, el mozo toma una punta, se separa algunos pasos, Don Pepito corta un gran trozo y se guarda el resto.) Toma, y quédate con la vuelta. (Vánse todos.)

CUADRO NOVENO

Caprichosa decoración que representa un enorme escaparate en una tienda de juguetes. Detrás de un arco formado por tambores, raquetas, cajas de lotería, etc., etc., aparece un paisaje con casas y árboles de madera y molinos de cartón

ESCENA ÚLTIMA

DON PEPITO, DOÑA MELITONA, INOCENCIA, DON HILARIO y ANGEL

PEP. Esta es la exposición de juguetes fabricados para los niños del siglo veinte. Vamos á hacer nuestras compras. (Entran por la derecha.) (Baile de juguetes animados Bebés, muñecas de goma y de goznes, arlequines, conejos, perros de aguas, soldados de madera, etc., etc. Al final, los arlequines bailan en el aire y salen unos grandes muñecos de las cajas llamadas «de sorpresa.»)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO NOVENO

Un paseo —Arboles raquíticos y recuadros de musgo.—En el centro, la estatua de un torero.—A los lados, dos municipales de cartón

ESCENA PRIMERA

SEÑORAS y CABALLEROS; luego DOÑA MELITONA, del brazo de DON HILARIO, seguidos por el CORO DE SIETEMESINOS, niños de cinco ó seis años en traje de hombre, con sombrero alto, lentes y fumando grandes puros

Musica

CORO

Cuando el sitio es espacioso,
parecía natural
que á su gusto paseara
el que sale á pasear;
mas la moda nos obliga
á venir todos acá,
y en un palmo de terreno
á dar vueltas sin cesar.

(Empiezan á dar vueltas en un espacio muy reducido, lo más apiñados que puedan.)

Tan apretaditos
vamos por aquí,
como las sardinas
dentro del barril.

No es muy agradable
pasear así,
pero así pasean
todos en Madrid.

SEGUNDA COPLA

Un vestido de señora
que ha costado un dineral,
á las cuatro ó cinco vueltas
no se puede ni mirar;
pues, siguiendo la costumbre,
en paseo todos van
arrimados á la cola
sin poderlo remediar.
(Repiten el juego anterior y se reparten por el foro.
Tan apretaditos
vamos por aquí, etc.

HIL. (Saliendo.)
¡Caramba con los niños!
¡Me voy cargando ya!

MEL. A mí me han hecho gracia
con su precocidad.

SIETEMESINOS (Tomando actitudes impertinentes, requebrando á doña Melitona y muy marcado.)
¡Monísima!
¡Monísima!
¡Preciosa! ¡Celestial!
¡Guapísima!
¡Guapísima!
¡No he visto nada igual!
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo me mira!
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ya la flechó!
No hay quien pueda con nosotros
conquistando á una mujer.
Yo soy fosfórico,
yo soy volcánico
cuando una prójima
me mira así.
Yo soy malévolo,
yo soy satánico,
soy Mefistófeles
pitiminí.

Hablado

HIL. ¡Vaya, niños! ¡Andando, que si me canso yo, empiezo á puntapiés con todos!

SIET. 1.º ¡Caballero, usted nos falta!

HIL. ¡Vaya usted á la escuela, monigote!

SIET. 1.º ¡Tome usted mi tarjeta! ¡Nos veremos! (Vánse.)

HIL. ¡Esto es insoportable, Melitona! Cuando no son niños los que nos siguen, son grandes. Siempre hemos de llevar escolta.

MEL. ¿Y qué voy á hacerle yo? ¿Tengo la culpa acaso de gustar á todo el mundo?

HIL. Sí la tienes, porque en vez de venirnos á pasear á un sitio tan público, donde abundan los osos como en nuestro tiempo, podíamos ir á un paseito retirado.

MEL. Vete tú, que ya estás mandado retirar. Yo, por mi parte, quiero disfrutar de mi juventud.

HIL. ¡Valiente juventud! ¿Te olvidas, desdichada, de que tienes ciento cincuenta y tres años?

MEL. ¡Calla, imprudente!

HIL. ¿Te olvidas de que eres una momia?

MEL. ¿Y tú qué eres?

HIL. ¿Yo?... Un momio.

MEL. ¡Bonito momio! ¿Has creído tal vez que porque tú estés hecho un mamarracho?...

HIL. Gracias.

MEL. ¿Voy á estarme encerrada en casa sin que nadie me vea? ¿Para qué he comprado esta cara? ¡Para lucirla! Y en lugar de sentir esos celos ridículos, lo que debías era estar orgulloso de tener una esposa como yo. ¡Una mujer con una cara tan linda!

HIL. Pues por eso lo aguanto todo: por tu linda cara. ¿No lo has conocido todavía? ¿Será menester que te confiese que estoy enamorado de tí? Sí, enamorado; enamorado como la tórtola de los valles, como el ruiseñor de las selvas, como la mariposa de las flores, como la abeja del romero, como la golondrina de su nido.

MEL. (¡Pobrecillo!) ¿De veras? ¿Me quieres mucho?
HIL. ¡Mucho! Como la chucha al chucho.
MEL. Pues, mira, la manera de demostrármelo es ser sumiso, adivinarme los deseos y hacer cuanto yo te diga.
HIL. Yo haré todo lo que tú quieras, Melitoncita. Seré fiel como un perro de aguas, amante como una paloma y docil como un borrego, aunque me esté mal el decirlo.

ESCENA II

DICHOS y DON PEPITO

PEP. ¡Albricias, amigos míos, albricias! Se nos presenta un negocio soberbio.
HIL. ¿Qué negocio?
PEP. El de la exposición de ustedes. Se prepara una gran entrada para la primera función.
MEL. ¿Y cuándo hacemos nuestro *debuto?*
PEP. Dentro de breves horas, ¡hermosísima criatura!
HIL. ¡Don Pepito, don Pepito!
PEP. ¿Qué?
HIL. Que... que me alegro del negocio que vamos á hacer.
MEL. ¿Y dónde ha dejado usted al músico y á su señora?
PEP. Siguen buscando casa y han quedado en venir aquí para que vayamos juntos al teatro.
MEL. Dígame usté, don Pepito, ¿de quién es esa estátua?
HIL. Por el tamaño debe ser de un grande hombre.
PEP. ¡Ya lo creo! Es la estátua del Guachi, un célebre torero que murió recibiendo un toro... y una cornada.
HIL. Dígame usted: ¿y las de Mendez-Nuñez y Bretón, llegaron á levantarse?
PEP. No, todavía no, pero ya están proyectadas hace más de un siglo.

ESCENA III

DICHOS, INOCENCIA y ANGEL

PEP. Aquí están nuestros compañeros.
MEL. ¿Encontraron ustedes casa?
ANG. Señora, ¡no nos hable usted de las casas! Ya no hay casas; no hay más que unas cajas de hierro, donde dicen que se puede vivir.
PEP. Y donde se vive perfectamente. ¿Para qué aquel terreno desaprovechado de las casas de otro tiempo? Hoy los solares cuestan un dineral y es preciso reducirse.
ANG. ¡Pero hasta qué extremo! ¡Cada inquilino tiene una sola habitación de dos varas en cuadro, y allí tienen que hacerlo todo! Las paredes están llênas de resortes complicadísimos para sacar cuanto uno necesita...
PEP. ¿Y quiere usté nada más cómodo?
ANG. Sí, muy cómodo. A lo mejor se equivoca usté de resorte, como nos ha sucedido á nosotros, y queriendo sacar la cama, sale un chorro de agua fría que le pone como nuevo. ¡Oh! ¡Es muy hermoso! ¡Muy hermoso!
PEP. Es hermosísimo. La civilización ha llegado á hacer inútiles aquellos séres de que tanto se quejaban ustedes: los criados de servir.
MEL. ¡Cómo! ¿Ya no hay criados?
HIL. ¿Ya no hay criadas?
PEP. No, señores, no. Ya no encuentra usté un ayuda de cámara por un ojo de la cara, ni una doncella para un remedio. Ahora todo se hace con máquina.
ANG. ¿Todo?
PEP. Todo. Las tenemos para cuantas cosas puedan ocurrirse.

Música

Existe una máquina
que corta el cabello,
que riza y afeita
por poco dinero,

y luégo pregunta
con gran cortesía:
«¿Va usted á dejarse
bigote ó perilla?»
Mentira parece
pero es la verdad:
aquí se hace todo
con máquina ya.

TODOS ¡Qué espantoso ruido!
¡Qué ferocidad!
Traca, traca, traca,
triqui, triqui, trá.

—

PEP. Hay otra, señores,
que es ama de cría,
que arrulla á los niños
los duerme y los cuida;
los lleva á paseo,
los viste y los limpia,
y cuando son malos
les da una azotina.
Mentira parece, etc.

Hablado

PEP. Pero nos estamos aquí con mucha calma, ya va á ser la hora del teatro y yo tengo que vestirme.

HIL. ¿Usté trabaja?

PEP. En la primera función.

MEL. ¿Y á qué hora empieza?

PEP. A las ocho. Ya deben de ser...

HIL. ¡No! ¡No saque usted el reloj! Son poco más de las siete y media.

PEP. Hay funciones cada cinco minutos, y así se hacen cincuenta representaciones diarias en poco más de cuatro horas. La gente se aburría de pasar tanto tiempo en el teatro, y estas funciones por minutos están dando gran resultado.

ANG. Apuradillo se verá usté para dar variedad á tantas funciones. Serán muchos los autores que le den obras.

PEP. No, señor, ninguno; no hacen falta autores desde que se ha inventado la máquina de hacer comedias.

ANG. ¡También para eso!

HIL. ¡Sí, hombre, para todo!

ANG. ¡Qué horror!

PEP. Y esta es sencillísima. Se reduce á una gran caldera de vapor. Se echan en ella dos onzas de argumento, medio adarme de gramática castellana y un escrúpulo de sentido común; se revuelve todo con un picadillo de obras francesas y chistes usados, y sale la comedia en disposición de ser servida al público.

ANG. ¿Y salen originales?

PEP. ¡Ya lo creo! ¡Y tan originales! No se parecen á nada.

HIL. Observo que no entra nadie en el teatro.

PEP. Le diré á usté, la gente de buen tono viene cuando va á acabarse la función. Presenta su billete, molesta á los demas concurrentes y se vuelve á su casa. El llegar á tiempo, el enterarse de la comedia, es cosa que no hace más que la gente ordinaria.

HIL. Verbi gracia, nosotros.

ESCENA V

DICHOS, CABALLEROS 1.° y 2.°, luego parte del CORO

CAB. 1.° (Encontrándose con el 2.°) ¡Por fin le echo á usté la vista encima, tunante! ¡O me paga usté ó le rompo el alma!

CAB. 2.° ¡Insolente! (Se dan de bastonazos.)

MEL. ¿Qué es eso?

PEP. Lo de siempre: un español que se ha encontrado con un inglés. (Acude gente y forma un corro, cruzada de brazos, alrededor de los combatientes.)

HIL. Ahí tiene usté. Eso, nunca pasaba en mis tiempos.

CAB. 1.° ¡Pillo!

CAB. 2.° ¡Bribón!

CAB. 1.° ¡Tramposo!

UNA VOZ ¡Que se matan!

MEL. ¡Pero, hombre! ¿No hay por aquí policía? ¿Qué hacen ahí esos guardias?

PEP. ¿Esos guardias? ¡Si son pintados, señora! Están ahí para inspirar respeto á la autoridad. Antes los teníamos de carne y hueso y hacían el mismo servicio.—¿Ve usté? (se retiran por opuestos lados los Caballeros 1.° y 2.°, cojeando el uno y el otro con las manos en la cabeza.) Ya se han cansado de pegarse. Si es lo mejor; estas cosas, dejarlas.

HIL. En mis tiempos, ahora llegarían los guardias.

CUADRO DÉCIMO

Un teatro Guignol

ESCENA VI

CORO DE ALABARDEROS

Música

Somos la compañía de alabarderos,
somos *la claque;*
somos los que aplaudimos todas las obras
sin vacilar.
Firmes en nuestros puestos con admirable
resolución,
siempre para la empresa fuimos la tabla
de salvación.
Y todos aplaudimos
con entusiasmo igual,
una obra de gran mérito
y una barbaridad.
Si el público se calla,
se aprieta un poco más;
pero si al fin chichea
paciencia y á callar.

2.ª

A la primera dama, versos y flores
hay que arrojar...
siempre que ella los pague de su bolsillo
particular.
Hay que aplaudir furiosos al eminente
primer actor...
y si este es empresario, será el aplauso
mucho mayor.
Un bravo dado á tiempo
provoca veinte más,
pero otro inoportuno
provoca un huracán.
Y armada la batalla
con fuerza hay que luchar,
nosotros aplaudiendo,
silbando los demás.

(Silban y aplauden á la vez. Se colocan á los lados.)

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA MELITONA, INOCENCIA, DON HILARIO y ANGEL; en seguida DON PEPITO y los otros dos actores en el escenario, vestidos de polichinelas y con guantes de madera

Hablado

ANG. ¡Hombre! ¿No hay asientos para el público?

HIL. Como son tan cortas las funciones, no hacen maldita la falta.

ANG. Silencio, que van á empezar. (Se levanta el telón y aparecen sucesivamente los personajes de la pieza que representan; Juanita, Juanito y el Alcalde.)

JUAN.ª Ya tengo migada la sopita para Juanito. ¡Cuánto me quiere! Desde que nos casamos, no me ha dado un disgusto. Ay, ¡qué gusto es estar casada! ¡Qué gusto! ¡Qué gusto! ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

JUAN.º Juanita, ábreme la puerta.

JUAN.ª Allá voy, maridito mío.

JUAN.º ¡Cuánto te quiero! Dáme un besito.

JUAN.ª Toma dos... ¡Uy! ¡Uy! ¡Qué regalo!

JUAN.º ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡Qué regalo! (Abrazándose con grandes extremos.)

JUAN.ª ¡Quita! Quita, cochino, que hueles á vino. Habrás estado en la taberna. A ver el jornal.

JUAN.º Me lo he gastado; uy, uy, ¡qué regalo!

JUAN.ª ¡Bribonazo! ¡Holgazán! ¡Pillo!

JUAN.º No me insultes, que te voy á pegar una paliza.

JUAN.ª ¿A que no?

JUAN.º ¿A que sí?

JUAN.ª ¿A que no?

JUAN.º ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

JUAN.ª ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

JUAN.º ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡Qué regalo!

JUAN.ª ¡Socorro, vecinos, que me matan!

ALC. Aquí está la justicia.

JUAN.ª Favor, señor Alcalde, que me mata mi marido.

ALC. ¡Bribón! ¡Cómo se entiende! ¡Pegar á su mujer! ¡Toma!

JUAN.ª ¿Por qué pega usted á mi marido? ¡El bribón lo será usted! ¡Toma, toma, toma! (Juanito y Juanita pegan al Alcalde, que se defiende contra los dos; aplauden los alabarderos y baja el telón.)

ALAB. ¡Los actores! ¡Los actores! (Haciéndolos salir tres ó cuatro veces, para lo cual sube y baja otras tantas el telón.)

ANG. ¡Dios mío! ¡A lo que ha quedado reducido el teatro español!!!

CUADRO UNDÉCIMO

Interior de la barquilla de un globo

PEP. ¡Adentro! (Entran por la borda de la izquierda.) ¡Adentro, sin miedo!

HIL. ¡Pero, hombre, esto me parece una locura!

ANG. Una verdadera locura. Para ir á casa de usted, ¿qué necesidad tenemos de remontarnos por los aires?

PEP. Ninguna; pero he querido que disfruten ustedes de todos los adelantos que ofrece

mi siglo. Descubierta la dirección de los globos, ningún medio más cómodo de locomoción. Nos elevaremos un poco, y después iremos á caer junto á mi casa.

HIL. ¿A caer? Mejor será que no caigamos.

PEP. Ya nos ponemos en movimiento.

LOS CUAT. ¡Ay! (Echándose las manos al estómago.)

PEP. ¿Qué impresión tan agradable, eh?

LOS CUAT. ¡Mucho! ¡Mucho!

PEP. Vengan ustedes á ver Madrid á vista de pájaro.

HIL. Sí, ya que nos hemos lanzado á esta aventura, disfutemos del espectáculo.

LOS CUAT. ¡Aaaaay! (Se aproximan á la borda cogidos de las manos y retroceden llenos de terror.)

HIL. ¡Se me va la cabeza!

TODOS Y á mí.

PEP. Venga usté y admire con este anteojo las maravillas celestes.

HIL. Hombre, sí; veamos las maravillas. (Se acerca al anteojo y mira.) No veo más que una cosa muy negra... muy negra.

PEP. ¿No ve usté las estrellas?

HIL. No, señor.

PEP. ¿Que no las ve usté? (Acercándose bruscamente á arreglar el anteojo y pisándole.)

HIL. Ay, sí, señor. ¡Ya he visto las estrellas!

PEP. Comprendo que no vea usted nada. Hay un nubarrón tremendo.

MEL. Yo me siento... (Sentándose en el suelo:) Me siento morir. (Trueno lejano.)

PEP. (¡Canastos! ¡Me parece que la *tempesta é vicina!)*

ANG. ¿Ha sido un trueno?

PEP. ¡Sí, señor, desgraciadamente!

HIL. ¿Cómo desgraciadamente?

PEP. Hágase usted cargo... Un temporal á estas alturas... (Otro trueno.)

MEL. Pero ¿hay peligro?

PEP. ¡Figúrese usted!

MEL. ¡No quiero figurármelo!

HIL. ¿Y se pierden muchos globos?

PEP. Sí, señor, muchos. Hoy precisamente se han tenido noticias de uno que se perdió el mes

pasado. Los viajeros llegaron á un extremo horrible, á no tener que comer.

MEL. ¿Y quién tiene apetito en estos momentos?

PEP. Pues ellos lo tuvieron y se comieron los unos á los otros.

ANG. ¡Qué horror!

HIL. Si llega ese caso, de poco voy á servir á ustedes, porque yo tengo muy poco que comer. (Prevengámonos con tiempo.)

INOC. ¿Y tú serías capaz de comerme?

ANG. ¿No te lo he dicho mil veces? ¡Sí! te comería. (Trueno.)

INOC. ¡Ay! ¡Angel mío! Moriremos juntos.

ANG. Mejor será que podamos evitarlo. (Trueno espantoso.)

LOS CUA.
¡Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita!

(Otro trueno y rayo.)

TODOS ¡Ay! (Caen rodando por el suelo.)

CUADRO DUODÉCIMO

La bodega del segundo acto

ESCENA VI

DOÑA MELITONA, INOCENCIA, DON HILARIO y ANGEL

HIL. ¡Dichoso viaje!

ANG. ¡De buena hemos escapado!

MEL. A mí todavia me tiemblan las carnes.

HIL. A mí me temblarían también, si las tuviera.

ANG. Si no llega á enredarse el globo en aquel tejado, á estas horas estábamos en el otro mundo.

HIL. Y para consuelo, dentro de pocos instantes, apenas venga don Pepito, nos llevarán á la Exposición de objetos raros, de que formaremos parte.

ANG. ¡Eso es verdaderamente horrible!

INOC. Y bochornoso.

MEL. Pues á mí no me disgusta que me enseñen.

HIL. Es claro; tú, desde que tienes esa cara, quieres que te vea todo el mundo. Pero yo no; yo estoy desesperado: yo aborrezco cuanto me rodea.

ANG. ¡Y yo!

INOC. ¡Y yo!

ANG. Daría lo que no tengo por verme otra vez en aquel siglo de que tanto renegábamos.

HIL. Amigo mío, usted piensa como yo: usted es un hombre de talento.

ANG. ¡Ay! ¡Qué tiempos los nuestros tan hermosos!

ESCENA VII

DICHOS, DON PEPITO

PEP. ¿Qué es eso? ¿Ya se están ustedes quejando de estos tiempos?

HIL. Sí, señor; en los nuestros se vivía mucho mejor.

MEL. Todos los viejos decís lo mismo.

PEP. Esas son exageraciones. ¿Por qué se vivía mejor en los tiempos de ustedes?

HIL. Por todo, hombre, por todo. Oiga usted lo que pasaba en mis tiempos.

PEP. Vaya, este viejo nos va á soltar unas cuantas bolas.

Musica (1)

HIL.

Los ministros, velando
por el bien del país,
solamente pensaban
en hacerle feliz.
Trabajaba la gente
con constancia y ardor,
y no había ni un vago
en la Puerta del Sol.

(1) Véanse las notas al final.

En millones nadaba
el tesoro español.
Cada dos ó tres días
se pagaba el cupón.

—

¡Qué inocente vida!
¡Qué felicidad!
¡Qué tiempos aquellos!
¿Cuándo volverán?

—

El respeto á lo ajeno
en Madrid era tal,
que las casas abiertas
se podían dejar.
Y si acaso ocurría
algún robo casual,
ni una vez el ratero
se llegaba á escapar.
Pero había tan pocos,
que en más de una ocasión
se cerró el Saladero
por no haber ni un ladrón.

—

¡Qué inocente vida, etc.

Hablado

MEL. ¿Conque nos vamos ya á la Exposición?

PEP. No, señora; la exhibición de ustedes se retrasa hasta mañana.

MEL. ¡Cómo!

INOC. ¿Por qué?

HIL. ¿Pues qué ocurre?

PEP. Vengo de las Cortes, donde se ha armado un alboroto mayúsculo.

HIL. ¡Un alboroto en las Cortes! Ahí tiene usted; eso no pasaba nunca en mis tiempos.

PEP. Pues lo ha habido, y gordo, á consecuencia de haberse recibido una noticia muy grave.

MEL. ¿Sí?

ANG. ¿Cuál?

PEP. En la Mancha se ha levantado una partida carlista.

HIL. ¿Carlistas todavía? ¿Vive tadavía Carlos séptimo?

PEP. No, señor; ahora defienden á Carlos nono.

HIL. Pero, ¿han vencido alguna vez?

PEP. ¡Nunca! Pero ellos siguen contando y llegarán á defender á Carlos ciento. Las oposiciones han sabido aprovecharse de las circunstancias y han derribado al ministerio. Con ese motivo, hay por ahí...

HIL. Sí, alarma y temores de algún jaleito, ¿eh?

PEP. Cá, no, señor; alegría general, iluminación espontánea.

HIL. ¿Es posible? ¡La gente se alegra cuando cae el ministerio!

PEP. Sí, señor.

HIL. Ahí tiene usté; eso tampoco pasaba en mis tiempos.

PEP. Como todo Madrid se dedica hoy á ver las iluminaciones, he creído oportuno dejar para mañana el espectáculo de nuestra exposición. Así, pues, ya no necesitan ustedes por ahora ponerse los trajes antiguos, ni usté quitarse esa cara tan bonita.

MEL. ¡Cómo! ¿Quitarme esta casa?

PEP. Es natural, para ponerse la antigua.

MEL. ¿Qué dice ese hombre?

PEP. La verdad. Esa es una cara de este siglo, y lo que hemos prometido al público es enseñarle cuatro del siglo pasado.

HIL. ¡Mi mujer no se quita esa cara ni hoy ni nunca! ¡Pues no faltaba más!

MEL ¡Tienes razón; protege mi belleza, Hilario mío!

HIL. (Me ha llamado Hilario suyo. ¡Soy feliz!) Nada temas, yo te defiendo. ¡Quitarse esa cara! ¡De ninguna manera!

PEP. Comprendo perfectamente lo doloroso que será para usté perder una cara tan bonita...

HIL. (¡Vuelta á los piropos!)

PEP. Pero es preciso cumplir con el público, y para enseñarle una cara bonita del siglo pasado, ya tenemos la de esta señorita. (Por Inocencia.)

ANG. (¡Dale con los requiebros!) ¡Ea! Ya me cargué yo. Caballerito, le advierto que no estoy dispuesto á tolerar que eche usté flores á mi esposa, y que por no ir con usté á la exposición ni á ninguna parte, decido, desde este momento, emanciparme de su tutela y vivir como Dios me dé á entender. ¿No están ustedes conformes?

MEL. Nos emancipamos

INO. ¡Nos emancipamos!

PEP. ¡Don Hilario, por Dios! Que me pierden ustedes. Busquemos el medio de transigir.

MEL. Transijamos, pero con esta cara...

HIL. Sí, sí, con esta, que con la otra tampoco transijo yo.

PEP. Ustedes, por lo visto, están disgustados con las costumbres modernas. Pues hay un medio para que sigan viviendo sin renunciar á las suyas y sin renunciar al negocio. Ustedes estarán á mi disposición para exhibirse una hora cada día, y las veintitres restantes pueden pasarlas en el Madrid antiguo, que aún no han visitado y que continua como en sus tiempos, salvo algunos adelantos que no les desagradarán.

HIL. ¡Es posible!

ANG. ¿De veras?

PEP. Como ustedes lo oyen. Allí hay todavía casas de huéspedes á seis reales con principio, simones terrestres á peseta la carrera, baños de chorro por los mangueros de la Villa y faroles de gas para conservar la obscuridad durante la noche.

ANG. ¿No nos engaña usté?

HIL. ¡Qué felicidad!

INO. Eso es lo que nosotros deseábamos.

ANG. ¿Y existe todavía la calle de la Comadre?

PEP. Existen todas y van ustedes á verlas ahora mismo. Vamos á embarcarnos á la Puerta del Sol.

LOS CUATRO ¿A embarcarnos?

PEP. Sí, señores, á embarcarnos. Madrid es puerto de mar.

HIL. ¿Se cumplió la profecía de aquella zarzuela?
«¿Convertiré en puerto
la Puerta del Sol?»

PEP. Exactamente.

MEL. Habrán ustedes traído un brazo de mar.

PEP. No, señora, que hemos traído un muslo, que es más gordo.

Música

TODOS ¡Marchémonos ya,
salgamos de aquí.
Vamos á admirar
el viejo Madrid!

CUADRO ÚLTIMO

La Puerta del Sol convertida en puerto de mar. Varios barquitos de vapor ocupan una parada de coches con la tablilla SE ALQUILA. De pronto aparece el tranvía marítimo en la misma forma que el de hoy, lleno de gente y en los asientos de la parte superior los cinco personajes.

Música

DOÑA MELITONA, INOCENCIA, DON HILARIO y ANGEL

Me recuerda mis tiempos
ver la puerta del Sol;
un aplauso, señores,
y que baje el telón.

PEP. Les recuerda sus tiempos, etc.

FIN DE LA ZARZUELA

NOTAS

—

1.ª En Madrid, el público ha exigido todas las noches la repetición de estas coplas y alguna nueva. Entre otras, se han cantado las siguientes, improvisadas en su mayor parte por el mismo actor, Sr. Suárez, encargado del papel de D. Hilario.

Los maestros de escuela
lo pasaban muy bien,
y cobraban dos pagas
el primero de mes.
Cuando á los panaderos
les pesaban el pan,
les hallaban libretas
con diez onzas de más.
Se negaban los hombres
á mandar la nación,
y por no ser ministro
uno se suicidó.

—

Los mangueros regaban
con cuidado ejemplar,
y en verano ni un perro
llegó nunca á rabiar.
Sólo había un partido
cuando yo me dormí,
y de paz envidiable
disfrutaba el país.
El gobierno no echaba
ni una contribución,
y en los ferrocarriles
nadie descarriló.

—

Nunca allí las mujeres
se pintan la piel,
ni gastaban postizos
de pelote y *crepé.*
Un buen traje costaba
cinco duros ó seis,
y duraban las modas
ocho años ó diez.
Si la guardilla un pobre
no podía pagar,
el casero le daba
gratis el principal.

—

La cultura del pueblo
á tal punto llegó,
que en la plaza de toros
no sonaba una voz.
Si una pica ponían
con torcida intención,
no se oía ya aquello
de «¡cobarde!» y «¡tumbón!»
Y si acaso un torero
degollaba una res,
le decía la gente:
—«¡Qué le vamos á hacer!»

—

Si un pleito al medio día
se llegaba á entablar,
á las dos de la tarde
acabábase ya.
Ni una rifa siquiera
en Madrid se fundó,
y hasta á la lotería
se perdió la afición.
No hubo nunca en Correos
una equivocación,
ni mandaron á Chile
cartas del interior.

—

En los tiempos dichosos
en que yo me dormí,

el actor en España
era un hombre feliz.
En la vida á un cantante
se obligó á componer
y á cantar seguiditas
ocho coplas ó diez,
porque el público entonces
exclamaba á una voz:
«¡Basta, basta! ¡Dejadle!
¡Que va á echar el pulmón!»

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mism maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID A BIARRITZ [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.º, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITÓN! [3], idem, idem.

EL CARBONERO DE SUBIZA [4], parodia en verso, en un acto, música de los Sres. Aceves y Rubio.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso

(SE CONTINUARA), juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

LEVANTAR MUERTOS [5], juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

LEÓN Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [6], parodia en un acto y en verso.

LA CLAVE [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

LA MARSELLESA, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

LA CARETA VERDE, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

EL SIGLO QUE VIENE [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

EL AÑO SIN JUICIO, revista cómica, original, en un acto.

LOS MADRILES, revista cómica, original, en dos actos.

LOS SOBRINOS DEL CAPITÁN GRANT, novela cómico-lírico dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO, revista cómica, en dos actos, original.

EL DIABLO COJUELO, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

EL NOVENO MANDAMIENTO, comedia en tres actos, original y en prosa.

LAS DOS PRINCESAS, zarzuela en tres actos, arreglada del francés, con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ, revista cómica, original, en un acto.

PERIQUITO [6], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [6], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [6], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [6], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA [6], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [6], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [6], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE [6], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO [6], comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA TEMPESTAD, melodrama original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

LA MUJER DEL SERENO, comedia original en un acto y en prosa.

LA CRIATURA, humorada cómica original en un acto y en prosa.

LA ALMONEDA DEL 3.º [6], comedia en dos actos, original y en prosa.

PAPELES SON PAPELES..., proverbio en un acto, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS [6], pasillo cómico lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto.

GOLONDRINA, comedia en un acto y en prosa, original.

EL PADRÓN MUNICIPAL [6], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LOS LOBOS MARINOS [6], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

LA BRUJA, zarzuela en tres actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR [6], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL CHALECO BLANCO, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó. 2 Id. id. Coello. 3 Idem idem Campoarana. 4 Id. id. Granés. 5 Id. id. Blasco. 6 Idem idem Vital Aza.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.